

varlo a pensar que quizá también allí se origine una invasión de incómodas moscas, o de males sin cuento, promovidos por un poder maligno e inaprehensible.

En dicho barco irán también su sobrino Fernando, el coronel Santana, el negro tuerco Bernardino y el colegial de San Bartolomé, un fantasmal abogado que aparece y desaparece por puertas inexistentes y que semeja manejar todos los hilos de una burocracia inexorable, unida a Bogotá. Papeles, sellos, firmas, entre los cuales se incluye el célebre pasaporte reclamado por Bolívar varias veces para salir del país y la libranza de sus gastos.

A la puerta inexistente, a los ambiguos ruidos de la parte alta, se añade un capitán enfermo y ciego que nunca aparece, un escribidor futuro que todo lo registra en medio de infinitas latas de cerveza, metáfora vargasllosiana del testigo escritor, y un desfile continuo, en la mente del libertador, de momentos claves de su vida. En definitiva: el alucinante viaje de un buque fantasma.

Batallas y mujeres, Lord Byron y Jorge Washington, Manuela Sáenz, sus escenas de celos y el fusilamiento paródico de Santander durante una fiesta, Simón Rodríguez y la hermana de Bolívar, María Antonia, previniéndolo sobre la corona que podrían ofrecerle. También asoman allí, como leit-motiv, las conocidas frases de Bolívar acerca de la gloria que pretenden destruirle, el vámonos, vámonos, que aquí no nos quieren, el afán de sus leales para que retorne al poder, su advertencia a Manuela para que conserve el juicio y su viejo sueño recurrente de integración americana:

La antipatía provincial se apodera de todo mientras él sueña con un cosmos unitario, visión espacial de un continente que nace. Ambición que destruye su iris de héroe, su delirio, utopía de una sola patria atravesada por idénticos vientos, semejantes aves, ríos, razas en formación, cosmos malogrado por un mundo de niños nacidos de otro modo, colegiales de finos modales, guerreros de corto vuelo (p. 63).

Hombre herido y rencoroso: «Yo estoy aquí porque no quise entregar la República al Colegio de San Bartolomé» (p. 12). Hombre vencido que «acababa de repudiar el poder político de sus manos para ahogarse en cambio en un inexplicable apocalipsis voluntario» (p.19), la cambiante alternativa de su voluntad —irse, quedarse, abandonar la lucha, retornar al combate— tienen un triste asidero. El que José Palacios formula así: «Recordar es bueno, general, es como llorar en seco» (p. 168).

Rememoración compungida de un pasado esplendor, la novela se hace excesiva en el contrapunto de sus dos realidades: la del viaje, por una parte; la de lo que revive, por otra. Así en la página 278 llevamos sólo 11 días de navegación, como si el esquema cronológico en el cual el autor se apoya, por más elástico que fuere, se resintiese por los excesivos episodios reales o imaginarios con los cuales va dilatando sus límites.

Por su parte, los personajes prolongan sus vidas más en las fantasías sorprendidas del autor, que en su peculiar desarrollo interior: no terminamos por saber con claridad quién fue cada uno. Reconocemos, sí que en el buque pasan cosas raras. Como en *Los premios* (1960), de Julio Cortázar, novela en la cual también una parte del buque hace prever pestes y compartimientos que deben ser aislados, sin definirse el rostro del mal.

El peligro de tal procedimiento es volverse esquemático: al pasar por Mompox recuerda Ayacucho, y así los días de gloria iluminan los de su actual miseria, exasperan-

do el dolor. Pero hacer de cada detalle del paisaje el punto de partida para una memoria añorante, y de cada ruido un motivo de inquietud para una mente acosada por sus miedos, demora, en exceso, la inexorable caída de un hombre en la muerte.

Si la novela de Ovalles se resiente por la ligereza especular de su escritura lírica, la de Cruz Kronfly se halla lastrada por un afán verboso y proliferante. El contorno ribereño y la desordenada diversidad de los recuerdos terminan por ahogar, en alguna forma, no sólo a la figura central sino al trío acompañante (Palacios, Fernando, Santana) y a las comparsas emblemáticas (abogado, escribiente, negro cocinero y capitán), lo cual se acentúa con los breves poemas en prosa que Cruz Kronfly intercala. Tantas técnicas narrativas, a las cuales se añaden las reflexivas cartas que el libertador recibe de un también evasivo corresponsal, Uldarico Clavel, terminan por reclamar el conciso laconismo de la sola crónica histórica: su itinerario apenas, Mompox, Turbaco, Sabanilla y la escueta desnudez de datos concretos, de mujeres que lo amaron, papeluchos que lo infamaron, y furias que sentía, al perder en los naipes. Ello también nos lo da Cruz Kronfly, pero como sepultado entre tantos puntos de vista mientras sampan se transforma en barco de vapor y la puerta rota, al final, sólo revela, en la parte superior, lo que nos temíamos: un colosal basurero de papeles oficiales, orlas, cintajos y diplomas. Un símbolo obvio del país de leyes y jurisprudencia que sustituiría a su anterior ímpetu guerrero, expulsándolo hacia la muerte y aceptando, como en el mencionado congreso de Bogotá, su renuncia, sin un solo voto en contra. Así tanto Ovalles como Cruz Kronfly cierran el periplo de su «nuevo» Bolívar, resaltando como decisivos no sus discursos iluminados, ni tampoco la minuciosidad legal de sus contradictores, sino el ímpetu irreversible de sus hechos, dictados por una voluntad férrea. Por un Bolívar terrestre y derrotado.

De ahí el énfasis de Cruz Kronfly en su cuerpo: bilis, atrabilis, hastío. Un cuerpo en ruinas para el cual comida y excrementos, bebida y orina, gases y desvanecimientos en el juicio, recalcan su condición humana. Varón de dolores embarcado en «una expedición a ciegas en una noche sin astros» (p. 229). Un Bolívar desmarmolizado que al alejarse voluntariamente del poder, ingresa en un exilio sin regreso, afrenta tras afrenta. El congreso de Venezuela que considera a Su Excelencia causa de todos sus males, no dialogará con el Estado de Colombia (creados ambos por él) hasta tanto Bolívar no abandone su territorio: el padre era repudiado por sus hijos. ¿Cómo no escribir una novela con tal tema?

Así el Bolívar vuelto papel sueña, por última vez, en su peculiar lengua: la corporal lengua con que Cruz Kronfly ha querido volverlo a la vida de nuevo:

He construido varias repúblicas bajo la idea de una gran unidad continental, pero cuando me alejo del sur rumbo al norte, el país que dejo atrás se pierde y nuevas guerras civiles lo arruinan. Todo esto es una desgracia.

— Es el destino, señor, la fatalidad.

— Coño, catire, ninguna fatalidad, hablo de las ambiciones provinciales, de eso que nos está matando.

— También la fatalidad, general.

— Quédate con eso, ¡la ambición, la ambición! (p. 306).

Los discursos históricos han sido puestos en duda por el discurso de la ficción. Los «nuevos» Bolívares ven caer las máscaras de todas aquellas ideologías que maquillaban

el desnudo apetito del poder. Diálogos que se confrontan, en la novela de Ovalles. Voz que surge, en medio del basurero retórico en la de Cruz Kronfly: un «nuevo» Bolívar, desnudo y dialogante, va emergiendo de allí.

Pero es otro novelista venezolano, Denzil Romero, nacido en 1938, el que continúa la exploración de esta nueva veta corporal de Bolívar. Su novela, *La esposa del Dr. Thorne*, es una novela erótica centrada en la quiteña Manuela Sáenz, amante del libertador. Aparecida en la misma colección en que Mario Vargas Llosa publicó *Elogio de la madrastra*, la novela de Romero tiene todo el esquematismo (quiebre de lo religioso, tabú del incesto) previsible en un libro de este tipo. Sin embargo, y a pesar de su escenografía rutinaria, los viejos contenidos se cargan de una cierta intensidad al encarnar en figuras célebres. No sólo los padres de la patria, trátase de Bolívar y San Martín, sino de las que sin ironía no podemos llamar madres de la patria sino apenas amantes de la misma: me refiero a Manuelita Sáenz y a Rosita Campuzano, también ecuatoriana, también protagonista de un episodio amoroso con San Martín. Lo que los historiadores colombianos han comentado sobre el papel protagónico, pero entre bambalinas y alcobas, de las Ibáñez, se amplía ahora con estas dos quiteñas de armas tomar. Y, claro está, con el cambio vertiginoso que dos ciudades como Lima y Quito experimentan por aquellos años, ante el torbellino revolucionario.

Pero esta novela, demasiado apresurada y bastante sensacionalista, en su afán de presentarse muy al día, muy profesionalmente desparpajada, replantea el papel decisivo del interlocutor callado de nuestra independencia: la voz de la mujer. Si Manuela Sáenz «descubre una continuidad entre el eros y la política, la sexualidad y el poder» (p. 174) es evidente que dicho poder no sólo le servirá para ser «capitana» del ejército libertador, luego de la batalla de Ayacucho, donde al parecer participó, ni para sorprender «a los pacatos cachacos bogotanos» (p. 128) con mascaradas tan escandalosas como la de incitar al fusilamiento paródico de una efigie de Santander, sino que ella, «mi adorable loca», como la llamaba Bolívar, tenía la suficiente integridad de ánimo y valentía de espíritu para expresar con claridad su rebelión: ante su marido, el inglés James Thorne, en la carta que tantas veces se ha citado pero que no deja de sorprender aún:

Yo sé muy bien que nada puede unirme a Bolívar bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos o más honrada por ser él mi amante y no mi esposo? ¡Ah! Yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarse mutuamente (p. 196).

Bolívar, seductor nato (la francesa Fanny du Villars, la caraqueña Josefina Machado, la ocañense Bernardina Ibáñez, la nativa de Ancash, Manolita Madroño, la que dejando olvidado en su cama un arete de diamantes motivo de que dos edecanes tuvieran que salvarlo a él, el libertador de cinco naciones, de las uñas celosas de Manuela) mantendrá con ella una relación larga, ocho años, conflictiva, y no por ello menos plena. Lo incandescente de sus declaraciones amorosas: «Tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa: de ti, Manuela», «A nadie amo, a nadie amaré. El altar que tú habitas no será profanado por otro ídolo ni otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo», no impedirá ni las traiciones ni el hecho de que siga unido a ella hasta el fin. El lazo que los ataba era mucho más fuerte: se llama pasión. Y la retórica amorosa, como la retórica política, se verá súbitamente animada por dicha pasión: cuerpos y rostros reales.